

RESEÑAS

JULIA RODRIGUEZ. *CIVILIZING ARGENTINA:
MEDICINE, SCIENCE AND THE MODERN STATE*,
CHAPEL HILL, UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PRESS, 2006, 306 PP.

Andrés Reggiani

Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires

Es bien sabido que en las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial se generalizaron en América distintos mecanismos de control y vigilancia social que buscaban “civilizar” a sus sociedades y desterrar de ellas los resabios de “barbarie” heredados del pasado colonial. Estas medidas fueron la respuesta de las élites ante las perturbaciones domésticas (crimen, marginalidad, malestar social) que trajeron aparejadas la inmigración masiva, la urbanización rápida y la industrialización. En todas las naciones que experimentaron un cambio profundo en muy poco tiempo, como la República Argentina entre 1880 y 1914, surgieron y se burocratizaron técnicas de disciplinamiento, como el registro de huellas digitales y las mediciones antropométricas, a la par de medidas más enérgicas, desde la lucha contra la vagancia y la represión de la prostitución y las “ofensas a la moralidad pública”, hasta la deportación de extranjeros, medida instituida por las leyes de Residencia (1902) y Defensa Social (1910). A medida que se aproximaban los festejos del centenario de la independencia, y bajo influencia de las teorías lombrosianas y social darwinistas en boga, los expertos criminológicos y médico-legales, así como también los funcionarios de policía e inmigración y los legisladores, intentaron comprender los orígenes y contener el impacto de las conductas individuales y colectivas que amenazaban el orden social y el espectacular desarrollo económico de la República.

El libro de Rodríguez recurre al uso de la convencional dicotomía “civilización” y “barbarie”, popularizada por el escritor y presidente argentino Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874), para caracterizar la acción de los “patólogos sociales” en quienes recayó la misión de civilizar el país. Desafortunadamente la autora no sólo no demuestra la existencia de la “alianza” Estado-ciencia postulada en el argumento, sino que, prisionera de la lógica conspirativa propia de los relatos que se pretenden políticamente correctos, construye una imagen absolu-

tamente ahistórica y grotesca de la Argentina de fin de siglo. Desde el comienzo hasta el final el libro es una serie interminable de citas, muchas veces irrelevantes para el tema discutido, reiteraciones, generalizaciones y simplificaciones, amalgamas e insinuaciones insidiosas, cuando no errores groseros. Póngase por ejemplo el análisis de los exámenes antropométricos y el registro de huellas dactilares y datos personales. Más allá de los incontables discursos parlamentarios y documentos de distinto tipo, ¿qué quedó, en la práctica, de todo este arsenal civilizatorio? ¿Cuántas personas fueron sujetas a estas técnicas? No lo sabemos, ya que la autora no provee evidencia alguna que sirva para verificar cómo y cuándo se pasó del dicho al hecho. Se olvida o ignora esa ley familiar a todo historiador, según la cual no puede darse la misma entidad a una declaración (verbal o escrita) que a la ejecución y transformación de aquella en un “hecho”. En realidad, la autora misma se encarga de socavar el argumento de la omnipresencia del poder y la omnipotencia de los científicos y burócratas cuando señala, por ejemplo, que “la inspección de inmigrantes era en gran medida un gesto simbólico [...] para transmitir a las multitudes que cruzaban el umbral la imagen de una nación civilizada” (pág. 191). Más adelante, en el mismo capítulo (titulado “Higiene pública contra el contagio extranjero y la anarquía sanitaria”) escribe: “el registro de las huellas digitales era en gran parte simbólico y disciplinario, y, en la práctica, tenía una efectividad limitada” debido a que la

acción del Estado estaba limitada por su incapacidad para intervenir en la gran masa de la ciudadanía. Sencillamente había demasiada gente en la ciudad, y resultaba ineficiente e imposible controlarlos a todos. La infraestructura pobremente financiada de la justicia criminal hizo útil este procedimiento como táctica para causar pánico (págs. 198-199).

Poca cosa si se tiene en cuenta la cantidad de páginas dedicadas a Juan Vucetich, a su Instituto de Investigaciones Criminológicas y la Oficina de Dactiloscopia.

Toda la evidencia está presentada de manera tal que la Argentina aparece como una gran conspiración de la oligarquía criolla para privar a los sectores subalternos (mujeres, indígenas, mestizos, gauchos, inmigrantes, pobres) de sus derechos constitucionales y el usufructo de la enorme riqueza generada por la economía agroexportadora. Esta visión blanco-negro recorre todo el libro y no deja atisbo para una ponderación más realista y contextualizada, es decir, comparada, de los problemas analizados, como hiciera en su momento Nancy L. Stepan en su ya clásico *The “Hour of Eugenics”: Race, Gender, and Nation in Latin America* (Cornell University Press, 1991). Tampoco se hace esfuerzo alguno por dar cuenta de las divisiones al interior de la elites, entre los sectores conservadores y liberales. Una muestra de ello es el desinterés de la autora por la reforma electoral de 1912, la cual abrió la puerta a la realización de las primeras elecciones

democráticas nacionales en 1916 y al triunfo de la Unión Cívica Radical, un partido muy popular entre los sectores medios y descendientes de inmigrantes. Este hecho fundamental de la historia argentina socava por sí mismo el argumento de la autora, según el cual la clases medias eran demasiado débiles y no tenían la capacidad para cuestionar el orden oligárquico. Los historiadores marxistas tienen un argumento de más peso al distinguir entre clase dominante y clase gobernante; pero Rodríguez (¿hace falta decirlo?) no es marxista. Este cambio parece no haber importado mucho ya que, en último análisis, el partido victorioso continuó negándole el voto a las mujeres y reprimió, en más de una ocasión, la protesta obrera. Pero entonces queda la pregunta obvia: ¿cómo se explica que más de la mitad de los 8 millones de inmigrantes europeos que llegaron en esos años se quedaron en el país?

A todo esto se agregan problemas cuya índole escapa a la mera preferencia de perspectivas y matices. Hasta aquí el libro puede o no gustar, puede o no ser considerado como otro ejemplo desafortunado de las modas prevaletentes en los estudios latinoamericanos de las universidades estadounidenses. Las amalgamas construidas a partir de insinuaciones insidiosas y los faltas groseras colocan a esta obra en una categoría aparte, si se tiene en cuenta que ha sido publicada por una prestigiosa editorial universitaria. Primero, la desatención absoluta por el dato preciso y la información correcta. Rodríguez menciona erróneamente a Eduardo Wilde (ministro del Interior de los presidentes Juárez Celman y Julio A. Roca) como presidente de la República Argentina en cinco oportunidades (págs. 26, 40, 41, 181, 182). También hace referencia a la “ciudad de La Pampa” (pág. 101), cuando en realidad dicho nombre se refiere a un Territorio Nacional luego convertido en provincia. Y en varias ocasiones cita incorrectamente al médico francés “Jean Marie” Charcot (su nombre es Jean Martin), un error sorprendente si se tiene en cuenta la importancia de esta figura en los estudios de género. Otro tanto ocurre con el Partido “Autónomo” Nacional (el nombre correcto es “Autonomista”). Pero también está la asociación mal intencionada que sugiere una relación entre horrores pasados y recientes. Luego de referirse al “exterminio” de los indígenas en la Campaña del Desierto (1879), la autora pasa a describir lo que ocurrió con los gauchos, a quienes presenta como una suerte de vaqueros argentinos amantes de la libertad:

También los gauchos, que eran independientes de los terratenientes y frecuentemente se unían a los indígenas y a los caudillos, fueron víctimas del exterminio. Hábiles jinetes, muchos gauchos eran de raza mixta, y unos pocos eran inmigrantes judíos. La elite de Buenos Aires los veía con desprecio, y los consideraban la antítesis de lo moderno, racial y culturalmente bárbaros (págs. 17-18).

No se necesita ser demasiado inteligente para darse cuenta de las implicancias de asociar en un mismo párrafo el verbo “exterminar” con “gauchos judíos”.

Pero además, semejante asociación descansa en el sencillo hecho de que los gauchos judíos no son los jinetes indómitos y rebeldes idealizados por la autora, sino que se trata de inmigrantes judíos asentados en los distritos agrícolas más prósperos. Este tipo de amalgamas reaparecen en la conclusión, en la cual se hace referencia a los crímenes de la dictadura militar de 1976-1983 como la manifestación más trágica del carácter autodestructivo de la alianza entre Estado y ciencia (pág. 254).

Tampoco está ausente la soberbia. La era de oro de la Argentina de 1880 a 1914, escribe la autora, “no fue un período de grandes promesas [...] como se han inclinado a creer los historiadores” sino uno en el cual “una poderosa alianza entre la medicina, la ciencia y el poder estatal generó una cultura política argentina autodestructiva” (pág. 255). Llegado a este punto uno no puede evitar preguntarse por el funcionamiento del sistema del *peer review* en el mundo académico de los Estados Unidos. ¿Se designan evaluadores competentes para leer los manuscritos? ¿Se los lee? ¿Según qué criterios? En todo caso, pocos estarán en desacuerdo con la afirmación de Rodríguez de que *Civilizing Argentina* adopta una visión contraria a otras explicaciones convencionales (pág. 3). Se trata, hay que decirlo, de una visión que poco tiene que ver con la pesquisa del historiador; más bien se asemeja a la ficción o eso que en los Estados Unidos llaman *creative writing*.